

Aproximación implicada a los espacios constitutivos de identidad colectiva en los movimientos sociales: estudio de caso del movimiento antidesahucios y el movimiento de okupación en el Estado español

Applied approach to the spaces constitutive of collective identity in social movement: case study of the anti-eviction movement and the squatting movement in Spain

[Artículos de investigación]

Javier Ortega Fernandez*
Sheila Padrones Gil**
David Avilés Conesa***

Recibido: 13 de enero del 2021
Aceptado: 14 de febrero del 2022

Citar como:

Ortega, J., Padrones, S. y Avilés, D. (2022). Aproximación implicada a los espacios constitutivos de identidad colectiva en los movimientos sociales: estudio de caso del movimiento antidesahucios y el movimiento de okupación en el Estado español. *Campos en Ciencias Sociales*, 10(2).
<https://doi.org/10.15332/25006681.7934>



Resumen

Cuando las experiencias sociales no se corresponden con las expectativas, es decir, cuando la regulación social dista de la esperada emancipación social, se descubre que determinados colectivos vinculan sus luchas sociales a la consecución de unos derechos subjetivamente usurpados. Para ello constituyen

* Universidad de Alicante. Correo electrónico: j.ortega@ua.es; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5984-9477>

** Investigadora independiente. Correo electrónico: padronesheila@hotmail.com

*** Centro de Estudios Europeos, Universidad de Murcia (CEEUM). Correo electrónico: davidaviled@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4785-2185>

espacios múltiples en los cuales se ponen en común las problemáticas y se comienza, por ende, a visibilizar sus posibles soluciones. En esta línea, vislumbramos la forma en que estos espacios de socialización terminan por redefinirse en espacios de acción colectiva. Teniendo esto en cuenta, en el presente artículo presentamos el resultado de una investigación etnográfica comparativa de dos movimientos sociales con manifiestas diferencias simbólicas, políticas, culturales y sociales, pero que confluyen en un eje vertebrador común: el derecho a una vivienda digna. Estos son, por una parte, el movimiento de okupación y, por otra, la lucha antidesahucios, materializada en la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH). Ambos desarrollan prácticas culturales similares en los distintos espacios de socialización a través de sus respectivos repertorios y espacios de acción colectiva. Tras un análisis desde la antropología implicada, se concluye que estos espacios, ya sean físicos — centros sociales, bares, plazas, etc.— o simbólicos —manifestaciones, concentraciones, fiestas, etc.—, sirven para reconfigurar y reforzar las identidades personales y colectivas a través de la puesta en común de prácticas y experiencias reivindicativas.

Palabras clave: identidad, movimiento social, acción colectiva, socialización.

Abstract

When social experiences do not correspond to expectations, that is, when social regulation is far from the expected social emancipation, we discover that certain communities link their social struggles to the achievement of some subjectively usurped rights. To this end, they constitute multiple spaces in which problems are shared and thus begin to make visible their possible solutions. In this sense, we discern the way in which these spaces of socialization end up redefining themselves in spaces of collective action. With this in mind, in this article we present the result of a comparative ethnographic research of two social movements with obvious symbolic, political, cultural and social differences, but which converge in a common mainstay: the right to decent housing. These are, on the one hand, the squatting movement and, on the other, the anti-eviction struggle, materialized in the Platform of People Affected by Mortgages (PAH, by its Spanish initials). Both develop similar cultural practices in the different spaces of socialization through their respective struggles and spaces of collective action. After an analysis from the applied anthropology, it is concluded that these spaces, whether physical — social centers, bars, squares, etc. — or symbolic —demonstrations, rallies, parties, etc. — serve to reconfigure and reinforce personal and collective identities through the sharing of demanding practices and experiences.

Keywords: identity, social movement, collective action, socialization.

Introducción

A priori, las instituciones de las democracias liberales garantizan *de jure* unos derechos que no todos los sectores sociales ven satisfechos *de facto*. Cuando las experiencias sociales no se corresponden con las expectativas, es decir, cuando la regulación social dista de la esperada emancipación social (Escobar, 2005), se descubre que determinados colectivos vinculan sus luchas sociales a la consecución de unos derechos subjetivamente usurpados. Para ello se constituyen espacios múltiples y heterogéneos donde se ponen en común las problemáticas y se empieza, por ende, a visibilizar sus posibles soluciones. Al mismo tiempo, se constituyen escenarios que sirven de laboratorio para muchos científicos sociales, especialmente por ese matiz de ser interpretados y vislumbrados como espacios emergentes de socialización. En ellos, las personas participantes van construyendo y re-constituyendo sus identidades al vivir y sentir conjuntamente esas experiencias y poner en práctica el modelo social que comparten desde su realidad material y, sobre todo, sus imaginarios colectivos.

No obstante, algunas campañas de comunicación tratan de simplificar determinados análisis sobre lo que son y lo que verdaderamente significan los movimientos sociales. Centenares de activistas, militantes o personas vinculadas a alguna organización social no se ven representados en las imágenes que la mayoría de medios de comunicación proyectan sobre ellos. Estas estrategias de (des)información procuran alejarnos de cualquier intento por conocer en profundidad la complejidad que rodea a cualquier experiencia de acción colectiva. Sin embargo, esto no hace más que dotar de cierta responsabilidad a las disciplinas científicas comprometidas con las dinámicas de transformación social, pues sus herramientas heurísticas permiten desentrañar las vicisitudes y entramados que hay detrás de los movimientos sociales, y sobre todo hacerlo mediante procesos de investigación prolongados en el tiempo.

El análisis que se presenta a continuación parte del diálogo epistémico de dos investigaciones que han ido en paralelo en el tiempo y que se han desarrollado en el marco de la acción colectiva en el Estado español. De este modo, encontramos dos movimientos sociales que se articulan mediante referencias simbólicas, políticas, culturales y sociales bien distintas, pero que confluyen en un denominador común: el derecho a una vivienda digna. Estos son, por una parte, el *movimiento de okupación* y, por otra, el *movimiento antidesahucios*, con la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) como su principal organización insignia.

El objetivo de presentar una confluencia de perspectivas entre estas dos indagaciones empíricas surge del diálogo intradisciplinar acerca de los procesos de configuración de identidades que aparecen de prácticas y discursos disidentes en la construcción de acción colectiva, lo cual genera reflexiones acerca de cómo identificar la proximidad o lejanía simbólica y cultural que se proyecta entre estas experiencias en el marco de los espacios y procesos de socialización.

Se parte de la premisa de que estos espacios, ya sean físicos —centros sociales, bares, plazas, etc.— o simbólicos —manifestaciones, concentraciones, fiestas, etc.—, sirven para reconfigurar y reforzar las identidades personales y colectivas a través de la puesta en común de prácticas y experiencias reivindicativas.

Referencias epistemológicas para una investigación implicada

El presente estudio comparativo tiene como protagonistas a los militantes adheridos a dos organizaciones distintas: la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) de la ciudad de Alicante, y algunos colectivos de okupación en la comarca de Donostialdea¹. La investigación nace de la necesidad de producir conocimiento crítico desde el ámbito académico y, sobre todo, desde la necesidad de sistematizar y conectar experiencias potenciales que buscan dinamitar —o al menos problematizar— el *statu quo*. Esto ha llevado a los autores a revisar dialógicamente cuáles serían las referencias epistemológicas de partida, y, sobre todo, qué tipo de investigación se podría hacer, qué historias es pertinente contar —y desde dónde—, cómo implicarse en estos procesos desde la rigurosidad científica, y cómo se podría dar voz a quienes tienden a resultar silenciados por los discursos hegemónicos.

Así, se llega a la conclusión de que metodología y teoría han de ir intrínsecamente de la mano, y es por ello que se seguirá el legado de quienes han tratado de cuestionar las formas hegemónicas de generación de conocimiento, apostando, además, por un modelo de *antropología implicada* (García, 2013); un modelo que va unido a ese cuestionamiento de las formas epistemológicas dominantes. Para ello, el análisis se nutre de fuentes provenientes de ambientes académicos que cuestionan el modelo científico occidental. De este modo, se parte de la influencia

¹ Conscientes de que la okupación puede tomar diversas formas, consideraremos en este texto aquellas okupaciones que son reivindicadas y en cuyo seno existe una concienciación política y una voluntad de transformación social, y dejamos de lado aquellas okupaciones realizadas de manera silenciosa.

de autores vinculados al paradigma de la modernidad/colonialidad, entre quienes destacan Boaventura de Sousa Santos (2005, 2006, 2010) y Arturo Escobar (2005).

Adicional a esto, también se realiza una aproximación a las corrientes de los *Subaltern Studies*, donde destacan las intelectuales Ranahit Guha (2002) y Gayatri Chakravorty Spivak (2003), y a la del *Cultural Studies*, en la que sobresalen autores como Stuart Hall (2010), Paul Willis (1993) y E. P. Thompson (1989, 1995).

Al igual que para los impulsores del paradigma de la modernidad/colonialidad, estas dos corrientes se convierten en referentes de la co-producción de conocimiento contrahegemónico. Por consiguiente, esta tipología epistemológica se instala “entre el adentro y el afuera, lo instituido y lo instituyente, lo conocido y lo inédito, lo determinado y lo indeterminado” (Torres, 2008, p. 54). Desde aquí podemos precisar con más claridad nuestra labor antropológica, como una vía de sistematización de experiencias como método de producción de conocimiento crítico, dialógico y transformador que facilita la generación de conocimientos para la acción, dirigidos a la práctica antropológica desde, con y para las resistencias (Gimeno y Castaño, 2015, p. 3).

La intención general de estas reflexiones contiene un análisis metodológico relacionado con las siguientes preguntas: ¿de qué manera podemos poner en manos de las resistencias el aparato teórico y metodológico de la antropología desde una posición implicada?, ¿cuál es nuestra posición como investigadores en conflictos dirigidos desde y para la sociedad civil?, y ¿cómo y desde dónde podemos aportar conocimientos transformadores que contribuyan a la visibilización de las voces subalternas silenciadas por los discursos hegemónicos contruidos de manera monológica, en procesos de gestión de poder que imponen y silencian significados en función de los intereses de los diferentes grupos?

No debemos olvidar que, como afirma Jabardo (2012),

[...] desde el momento en el que el conocimiento se construye desde la experiencia vivida y no bajo una posición teórica “objetiva”, el conocimiento se crea dialógicamente. Frente al lenguaje objetivo y distante de otras formas de aproximación al conocimiento, en las epistemologías objetivas. (Jabardo, 2012, p. 35)

En definitiva, nos sumergimos en el apasionante campo de la investigación implicada, que trata de definirse a partir de la amalgama de expectativas que nos

acompañan como investigadores (militancia, implicación, rigor académico). Con ello, uno de nuestros principales objetivos es poner las herramientas científicas al servicio de los movimientos sociales, revalorizando la capacidad de los mismos para generar conocimiento propio y devolviéndoles los resultados de modo que faciliten un proceso de (auto)reflexión permanente.

Metodología

Como metodología se recurrió a la etnografía, no solo como una técnica de investigación más, sino como un enfoque que permite ahondar en los distintos movimientos sociales desde dentro, es decir, desde sus lógicas normativas y culturales. De este modo, se realizó un trabajo de campo exhaustivo y sistematizado durante el periodo consecutivo de dos años (2016-2017), de la mano de los dos colectivos, realizando observación participante, entrevistas en profundidad y registrando historias de vida.

En el caso del movimiento de okupación, la investigadora se integró en un centro social okupado con vivienda en Donostia (España) —desde que se inició la investigación hasta el desalojo del mismo—, participando en la asamblea del Centro Social Okupado (CSO) y en sus eventos, realizando permanencias semanales, y colaborando en las asambleas y organización de la vivienda. El resto del tiempo se dedicó a conocer otros espacios y a realizar entrevistas a okupas de diferentes edades.

En el caso de la PAH, se incidió etnográficamente en la organización local de Alicante (España) durante dos años, asistiendo sistemáticamente a reuniones, asambleas, concentraciones y manifestaciones, a la par que se compartían múltiples conversaciones y debates en ambientes lúdicos.

La metodología seleccionada permite sistematizar la forma en que se van construyendo los procesos identitarios de las activistas en torno a los espacios constituidos de socialización, a la vez que facilita la opción de reflexionar detenidamente acerca de las prácticas culturales latentes y más significativas de estos dos movimientos sociales.

De esta manera, ambas experiencias colectivas se analizan desde el enfoque de los *Subaltern Studies*, debido a que el imaginario que se proyecta desde instancias hegemónicas no se corresponde con el conjunto de relaciones, lazos afectivos e identidades comunes constituidas en el seno de las organizaciones estudiadas.

Por su parte, las prácticas y formas culturales desarrolladas en estos espacios se analizan desde el enfoque del *Centre of Contemporary Cultural Studies* (CCCS) de la Universidad de Birmingham, prestando especial atención a las nociones de producción y reproducción social y cultural (Willis, 1993). Así, y sin perder de vista las nuevas tendencias que se centran en mostrar los procesos emancipadores de los distintos movimientos sociales (Edelman, 1999; Lazar, 2008; Nash, 2004; Graeber, 2009; Maeckelbergh, 2009; Postill, 2014), se observa cómo dos realidades diversas requieren de espacios similares para realizar sus propios procesos de identidad tanto personales como colectivos.

A este respecto, cabría matizar que a pesar de estudiar dos movimientos sociales que, aunque con un objetivo común, parten de bases bien diferentes —vinculación por convicción o por conveniencia, grupos etarios distintos, ideología, perfil, etc.—, ambos presentan similitudes a la hora de cristalizar los procesos identitarios de sus activistas.

Resultados

Los espacios de socialización en la conformación de la identidad

Se descubre, en primer lugar, que el sentimiento de pertenencia al grupo es un asunto primordial en la evolución del colectivo, y que este se genera y refuerza a través de los diferentes espacios donde comparten sus experiencias. Estos espacios pueden ser tanto físicos —centros sociales, bares, plazas, etc.— como simbólicos —manifestaciones, concentraciones, fiestas, etc.—.

Con independencia de su forma, lo que es común en ellos es que es aquí donde se van tejiendo las redes y donde definen un lenguaje y discurso propio que utilizarán para presentarse ante el resto de actores sociales; y que además les permitirá, en muchas ocasiones, vindicarse en la condición de “expertos”.

Uno de los resultados más notorios registrados y analizados de ambas experiencias es el referente a la tipología de espacios para la constitución de la identidad militante-activista. Se pueden distinguir tres tipos de espacios diferenciados en los cuales se van reforzando los lazos sociales entre los miembros de la organización: por un lado están aquellos espacios que valdría calificarlos como “privados”, aunque en un primer momento no lo sean; por otro, aquellos espacios que a pesar de ser públicos son tomados por el movimiento para determinadas reivindicaciones —hablamos de plazas y actos de protesta en las calles—; y, finalmente, observamos que las relaciones más afectivas, ya sea entre

la comunidad activista o entre el activista y los principios materiales y simbólicos de la organización, se acaban de consolidar en lugares semipúblicos.

Estos últimos serían los que van más allá de los socialmente reconocidos por y para el movimiento, y que se asocian, generalmente, a actividades de ocio; es decir lugares como, por ejemplo, los bares, o los teatros, o donde se realizan las fiestas. En conclusión, se repite esa *máxima* que sugirió durante la investigación un activista de la PAH:

La televisión no te refleja lo que es estar en una Plataforma. Tú lo que ves en televisión es en la puerta de un banco, en la puerta de la casa de un vecino o una vecina y ya está [...] detrás de eso la televisión no lo muestra. Detrás de eso hay mucha historia [...]. (Juan, activista de la PAH-Alicante, Alicante, 1 de junio del 2016)

A continuación se amplía este asunto a partir de los resultados del trabajo etnográfico, por ello se muestra cómo se van reforzando los lazos identitarios en estos espacios uno por uno.

Relaciones en espacios privados: allá donde se teje el discurso

El uso “privado” o “acotado” de determinados espacios sirve para configurar discursos con base en criterios de identidad colectiva. Cabe advertir que se califican estos espacios de “privados” o “acotados” aun sabiendo que no siempre responden a dicho atributo; por ejemplo, las asambleas de los domingos de la PAH se realizan en una plaza pública porque es en ella a donde también acuden las personas con menor grado de implicación y donde se adquieren, por parte de los más implicados, unas determinadas destrezas y saberes especializados. Aunque también aquí se identifican distintas formas de asociación y de gestión de los espacios entre los dos movimientos, el mero hecho de participar en los mismos ayuda a consolidar el sentimiento de pertenencia.

Así, para ilustrar este caso nos centramos, casi exclusivamente, en la participación en distintas asambleas. La PAH-Alicante cuenta con dos reuniones diferenciadas. Por un lado, está el encuentro periódico de los activistas más implicados, que se realiza en un local privado cedido por la CGT; en este, cada viernes, un grupo reducido de 10 a 12 personas, aquellos que se autodefinen como “voluntarios” de la Plataforma, se reúnen con el objetivo de definir las acciones que se pondrán en marcha la siguiente semana, así como de informar a sus compañeros de lo acontecido durante la semana que les precede. Nuestra presencia como investigadores sirvió para confirmar la prioridad que se les confiere a las

decisiones de funcionalidad-orgánica, al igual que el segundo lugar que se les da a los debates político-ideológicos de situaciones contingentes. Y, por otro lado, encontramos que cada domingo se ocupa una plaza pública, en la que alrededor de 60 o 70 personas son testigos de las potencialidades discursivas de los activistas que lideran la reunión.

En cuanto al movimiento de okupación, en nuestro trabajo de campo observamos que, a diferencia de la PAH, sus asambleas son más deliberativas. En ellas, más allá de repartir tareas para la organización de los distintos eventos, se trata de identificar continuamente los objetivos y la definición del colectivo, así como cuestiones respecto a cómo se puede llegar a más gente, o con qué otras luchas están dispuestos a simpatizar o implicarse, etc.

Las fiestas realizadas por los distintos colectivos podrían constituir otra serie de espacios privados donde los activistas entablan relaciones sociales. Estas fiestas, aunque inicialmente se realizan con el fin de financiar la lucha colectiva, posibilitan estrechar los lazos sociales entre los participantes; asimismo, en ellas se comparten espacios y experiencias y se ponen en común las diferentes inquietudes, lo cual acaba desembocando en la reproducción de un determinado discurso que les permite reafirmar su posición en y ante su contexto social.

Así, y a pesar de las diferencias entre ambos colectivos, observamos en todos los casos que participar en las reuniones, en los eventos y en la organización de los mismos reafirma el sentido de pertenencia al colectivo y, por tanto, permite sentar las bases instrumentales para los procesos de identidad activista. Cuanta mayor implicación en las asambleas o en la organización, y a cuantos más actos sociales acudan, mayor será el grado de identificación y complicidad con el resto de participantes.

Relaciones en espacios públicos: allá donde se reafirma el discurso

Los espacios que identificamos en segundo lugar corresponden a aquellos lugares donde los militantes de diferentes movimientos sociales tratan de llevar a cabo reivindicaciones y actos de protesta, es decir, lo que en palabras de Tarrow (1997) serían los "repertorios de acción colectiva". Específicamente, nos referimos al uso que se hace de los espacios públicos, normalmente lugares emblemáticos como plazas y calles de las ciudades, como lugar donde visibilizar y simbolizar las luchas sociales. La toma de estos espacios no es tan rutinaria como las asambleas; se realizan, por el contrario, cuando sucede algún hecho extraordinario considerado por el movimiento como una injusticia. En lo que atañe a este

artículo, nos podríamos referir principalmente a los desalojos, aunque habría más supuestos en los que los distintos colectivos optan por salir a la calle, por ejemplo, la reforma de alguna ley que afecte directa o indirectamente a sus integrantes o a los espacios que estos utilizan.

En estos casos se suelen convocar manifestaciones, sentadas, e incluso acampadas en determinados espacios. El objetivo suele ser visibilizar y acercar al resto de la ciudadanía al motivo de sus quejas. Dichos actos permiten extender el discurso que se va elaborando en lo que hemos denominado espacios “privados”, a la vez que permiten escenificar su lucha y la producción cultural del movimiento ante la opinión pública (Willis, 1993); confirmar su identidad en referencia —y, normalmente, en contraposición— al resto de la sociedad; y situar su lucha en conflicto frente a quienes no sufren sus mismas problemáticas. Además, estos actos les permiten reafirmar su identidad frente a sí mismos mediante el uso de una serie de accesorios simbólicos adheridos al movimiento social y con los cuales los activistas se identifican. Manuel Delgado (2017), aludiendo a los rasgos rituales y simbólicos de las manifestaciones, afirma que “[el acto de la manifestación] dibuja unos límites claros entre el interior y el exterior de la realidad social que se ha conformado en el espacio” (p. 17).

Distinguimos en este punto dos tipos de discursos que posibilitan esta reafirmación. Por un lado, tenemos el *discurso oral*, con un enfoque pragmático —el conjunto de palabras que permiten exteriorizar sus reivindicaciones y exigir sus derechos—, que va más allá del discurso tradicional que se expone tras la finalización de cualquier manifestación, y en el que se explican los motivos y demandas de la protesta (“manifiesto”), pues cuenta también con los diferentes cánticos que se van reproduciendo durante la misma.

Se trata de frases cortas y pegadizas, que se pretenden lemas de la lucha, con mensajes muy claros y significativos que dan cuenta, brevemente y de manera impactante, de las injusticias de las que se sienten objeto los manifestantes. La reiteración continua de estos cánticos, donde los protagonistas alzan cada vez más la voz a medida que se integran en la protesta, genera un entramado de experiencias emocionales y cognitivas que les permite sentirse vinculados al movimiento social.

Y por otro lado encontramos el *discurso simbólico*, constituido por las prácticas performativas de los activistas, como las formas de vestir, la identificación con determinados colores, y la decoración de los espacios con sus pancartas, banderolas, logotipos, pegatinas, etc. Estos símbolos: (a) posibilitan que desde

fuera se identifique el motivo de la lucha sin necesidad de atender a un discurso oral elaborado; (b) auguran que los propios activistas adquieran conciencia de su identidad y se reafirmen en ella; y (c) permiten que los participantes se sientan parte de un colectivo más amplio que está dispuesto a seguir adelante con su(s) causa(s). Podríamos afirmar, así, que la lucha social en los espacios públicos reafirma y ayuda a construir la identidad desde lo colectivo.

Finalmente, es importante mencionar que estos procesos identitarios se experimentan desde las emociones. Sin embargo, esas emociones no serían tales si no existieran otros espacios donde se constituyera un caldo de cultivo emocional, social y cultural. Para comprender el fenómeno en su amplitud debemos dar un paso más allá y preguntarnos cómo se van conformando los vínculos entre los actores protagonistas, y, sobre todo, dónde y cómo se solidifica este entresijo de relaciones.

Los espacios de socialización: allá donde se entretejen las relaciones

Finalmente, encontramos un tercer grupo de espacios donde los activistas comparten algo más que los objetivos “oficiales” de la acción colectiva, donde se comparten relaciones culturales que van más allá de la causa común. Se trata de aquellos lugares que no se asocian de forma taxativa al movimiento social; espacios tan cotidianos como el bar, las ya mencionadas fiestas, las actividades culturales, etc., a las cuales los activistas acuden como forma de ocio, y en donde, *a priori*, pretenden disociarse de su perfil socio-político. Como apuntan Donatella della Porta y Mario Diani:

la participación en la vida de un movimiento consiste, la mayoría de las veces, en involucrarse en actividades culturales y/o sociales —conciertos de música, representaciones teatrales, happenings, siempre con un punto crítico y un elemento de desafío simbólico y/o político a algún tipo de autoridad— y no tanto en manifestaciones públicas. (2011, p. 174)

Es así que este estilo de vida se corresponde con acudir a determinados lugares que también acaban por convertirse en símbolos latentes del movimiento. En ellos, las conversaciones trascienden los formalismos de la asamblea y los lemas de la lucha, se comparten experiencias propias, alegrías, bromas y tristezas, y se posibilita que, de forma progresiva, las redes se consoliden.

En este momento los lazos dejarían de ser transaccionales (Baldassari y Diani, 2007) y se irían transformando en lazos sociales cada vez más fuertes. Cada viernes, en la congregación, a modo de ritual en el bar, y en los instantes previos a

la asamblea de la PAH-Alicante, el ambiente era casi como de una liturgia. Se trataba de un espacio de encuentro que solía durar aproximadamente de 20 a 30 minutos, a veces se prolongaba más, pero lo habitual era empezar a subir progresivamente cuando transcurriese ese tiempo. Asumían que la tarde de los viernes se dedicaba exclusivamente a la militancia, por tanto, se identificaban conductas pacíficas y calmadas durante ese tiempo. Había sujetos con una predisposición mayor para que se iniciara lo más pronto posible la reunión, otros la prolongaban hasta horas indignantes para el resto del grupo. En definitiva, la condición de “informalidad” de las reuniones irrumpía desde “el café”.

Sin embargo, también observamos que no todos los participantes compartían estos momentos. Así, mientras que, por un lado, acudir a estos eventos afianza algunas relaciones, puede generar también una especie de “guetización” de las mismas, que dificulta la integración de nuevos activistas en las filas del movimiento. Nos preguntamos así, en una investigación abierta como es la nuestra, en qué grado influye en la potencialidad transformadora de las organizaciones estudiadas, pues al mismo tiempo que unos reforzaban los lazos intersubjetivos en el bar, el resto de los asistentes esperaban perseverantes en mitad de la plaza. No era común que las personas menos implicadas con el movimiento social se sumaran a la “hora del café”, preferían permanecer de pie o en los bancos ubicados en la plaza hasta que los “responsables” de la organización abriesen las puertas del local.

Conclusiones

Tras poner en común los dos estudios de caso, planteamos la hipótesis de que ambos movimientos —el de okupación y el de la lucha antidesahucios materializada en la PAH—, a su vez tan distantes simbólica, política, cultural y socialmente, pero con un eje vertebrador común —el derecho a una vivienda digna—, desarrollan prácticas culturales similares en los distintos espacios de socialización a través de los cuales cristalizan sus respectivas luchas. Observamos que estos espacios, sean físicos o simbólicos, sirven para reconfigurar y reforzar las identidades personales y colectivas a través de la puesta en común de prácticas y experiencias reivindicativas.

En los considerados como espacios “privados” o “acotados” de los movimientos, los activistas tienden a politizar sus prácticas diarias; un hecho que posibilita, a su vez, reconfigurar y cristalizar la identidad al compartir determinadas experiencias colectivas. Atendiendo a estos procesos podemos analizar las prácticas culturales

que fermentan en estos espacios y que contribuyen al empoderamiento de los grupos.

En este sentido, cabría destacar el inevitable análisis que ha de hacerse de las formas de producción cultural de los distintos colectivos, así como de la reproducción de las mismas; formas que podemos observar, especialmente, en las protestas llevadas a cabo en los espacios públicos, donde reproducen el discurso aprendido, utilizándolo para remarcar la alteridad.

Sin embargo, donde verdaderamente se tejen las relaciones sería en un tercer tipo de espacios más informales en los que, en sus momentos de ocio, los activistas no solo participan en ese lugar común, sino que aprovechan para compartir otros momentos de sus vidas. Ahora bien, a pesar de que es aquí donde se afianzan y solidifican las relaciones, también encontramos que estas reuniones derivan en dificultades para la integración de nuevos activistas que no forman parte ni encuentran cómo entrar en ese núcleo.

Por todo ello, podemos afirmar que los espacios de socialización son necesarios para que se genere un determinado discurso y unas formas sociales que permitan a los integrantes de los movimientos sociales sentirse parte de un colectivo concreto y de una forma de vida con la que se identifiquen y que les anime a continuar con la lucha. Estos espacios se tornan necesarios para que los movimientos sociales continúen activos y en continua producción.

Por otra parte, vemos que el cuidado de las emociones se vuelve, en este contexto, fundamental para lograr un tejido social fuerte y capaz de enfrentarse a las causas de la opresión. Sin ello, las relaciones sociales se irían desintegrando y la reivindicación iría, progresivamente, perdiendo solidez.

Finalmente, podemos afirmar que la metodología elegida, la investigación implicada, nos permite indagar en estos espacios y comprender dónde nacen estas emociones, y, con ellas, dónde se establece el germen de la movilización. Además, invita a comprender cómo van tomando forma esas inquietudes, a la vez que potencia que retumben en el resto de la sociedad aquellas voces que Raúl Zibechi (2008) calificó como “ecos del subsuelo”.

Referencias

- Baldassarri, D. y Diani, M. (2007). The Integrative Power of Civic Networks. *American Journal of Sociology*, 113(3), 735-780. <https://doi.org/10.1086/521839>
- Delgado, M. (2017). Tomar las calles. La manifestación como ritual político. En J. Padullés y J. Uribe (Dir.), *La danza de los nadie* (pp. 13-35). Bellaterra.

- Della Porta, D. y Diani, M. (2011). *Los Movimientos Sociales*. Editorial Complutense.
- Edelman, M. (1999). *Peasants against globalization: Rural social movements in Costa Rica*. Stanford University Press.
- Escobar, A. (2005). El “postdesarrollo” como concepto y práctica social. En D. Mato, *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (pp. 17-31). Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
- García, E. (2013). Antropología y movimientos sociales: reflexiones para una etnografía de los nuevos movimientos globales. *Intersticios*, 7(1), 83-113.
<https://www.intersticios.es/article/view/11222>
- Gimeno, J. C. y Castaño, A. (2015). Antropología y epistemologías del sur el reto de la descolonización de la producción del conocimiento. *Revista Andaluza de Antropología*, (10), 1-9.
https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/679919/antropologia_gimeno_ raa_2016.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Graeber, D. (2009). *Direct Action. An Ethnography*. AK Press.
- Guha, R. (2002 [1982]). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica.
- Hall, S. (2010). Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales. En E. Restrepo, C. Walsh y V. Victor (Eds.), *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Envión Editores, Universidad Andina Simón Bolívar, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Instituto de Estudios Peruanos. http://www.ramwan.net/restrepo/documentos/sin_garantias.pdf
- Jabardo, M. (2012). *Feminismos negros. Una antología*. Traficante de Sueños.
- Lazar, S. (2008). Eso es luchar sindicalmente. Ciudadanía, el estado y los sindicatos en El Alto, Bolivia. *Cuadernos de Antropología Social*, (27), 63-90.
<https://doi.org/10.34096/cas.i27.4330>
- Maeckelbergh, M. (2009). *The will of the many: How the alterglobalisation movement is changing the face of democracy*. Pluto Press.
- Nash, M. (2004). *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*. Alianza.
- Postill, J. (2014). Freedom technologists and the new protest movements: a theory of protest formulas. *Convergence*, 20(3), 402-418. <https://doi.org/10.1177/1354856514541350>
- Santos, B. de S. (2005). *Foro Social Mundial. Manual de uso*. Icaria.
- Santos, B. de S. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Clacso.
- Santos, B. de S. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce-Extensión universitaria, Universidad de la República.
- Sipivak, G. C. (2003[1985]). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105018181010>
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial.
- Thompson, E. P. (1989 [1963]). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica.
- Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Crítica.
- Torres, A. (2008). Investigar en los márgenes de las ciencias sociales. *Folios*, (27), 51-62.
<https://doi.org/10.17227/01234870.27folios51.62>

- Willis, P. (1993). Producción cultural no es lo mismo que reproducción cultural, que a su vez no es lo mismo que reproducción social, que tampoco es lo mismo que reproducción. En H. Velasco et ál. (Eds.), *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 431-461). Trotta.
- Zibechi, R. (2008). Ecos del subsuelo: resistencia y política desde el sótano. En A. E. Ceceña (Coord.), *De los saberes de la emancipación y de la dominación* (pp. 71-100). Clacso.